

AL ROJO VIVO

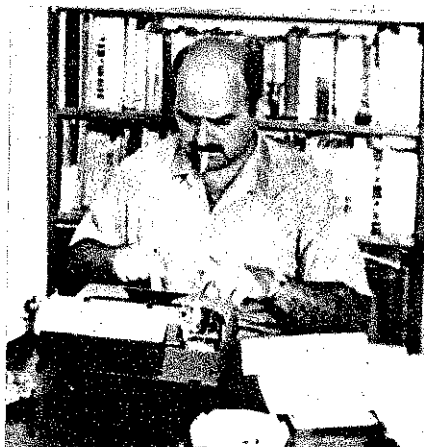
“Muchas veces me pregunté qué hubiera ocurrido si yo iba a visitar a Aramburu una hora antes. No sé; la ficción es menos rica que la realidad; quizá me hubiera convertido en el Zenteno [Nilo] de Martins [Néstor].” Así, a la vuelta de la casa de Aramburu, en un departamento de la avenida Santa Fe, el abogado Ricardo Rojo, 49 —célebre por sus aventuras con el *Che Guevara*—, iniciaba la entrevista con PRIMERA PLANA. Había sido uno de los primeros en llegar a la casa del general luego del secuestro; nunca fue llamado a declarar. Sin embargo, por su cuenta y riesgo —esta palabra tiene una rigurosa connotación—, él presenta una denuncia en la Cámara Criminal.

“Comencé a entrevistar a Aramburu en 1968; no deseaba charlar con él, había muchos puntos que nos separaban. De cualquier modo, debo reconocer que ese Aramburu no tenía nada que ver con el que padecí en 1957. Por lo menos, verbalmente. Creo que era un hombre sincero, simple, influenciable, abierto, sobre todo a sus errores. Quería cambiar la imagen que el pueblo se había forjado de él.” Mientras lanza sus párrafos, devora cigarrillos rubios y su esposa, Florita, le acerca una seguidilla de mates

Después de los primeros contactos, Rojo debió marchar a Francia. Aramburu, en busca de un familiar diplomático —los enemigos dijeron que tramaba un pacto tripartito con Frondizi (quien también se encontraba allí) y Perón—, también aterrizó en París. “Me acuerdo que nos encontramos el 12 de diciembre. Lo primero que me dijo fue: ‘En marzo tomamos el poder’. Le dije que no hablara con la primera persona del plural y pregunté cómo iba a convertirse en presidente. ‘Onganía va a ser derrocado y el Comando en Jefe tomará diez días para elegir al candidato; ese hombre será yo’, contestó. Después, inquirí sobre la forma de Gobierno y me aseguró que habría ‘una apertura leal al peronismo’. Luego, con el nombramiento de Levingston y la política que inauguró Lanusse el 27 de marzo, descubrí que esas palabras habían sido premonitorias.”

En Buenos Aires, se volvieron a encontrar. “Fue en marzo del ’70, antes de que se marchara a Costa Rica [para la asunción de José Figueres]; me avisó que todo estaba listo; el 28 de mayo, a la vuelta, su esposa vino a mi casa para decirme que Pedro Eugenio me esperaba al día siguiente, por la mañana.” Se detiene, mezcla algunas declaraciones con la actualidad nacional, recuerda otros detalles, vuelve al tema.

“Nunca hubiera ido antes de las once de la mañana. A él le gustaba levantarse tarde, recibir en forma atilada a sus visitantes. No tenía previsto ningún encuentro además del mío, y un almuerzo a la una y media. Cuando llegué, Sara me explicó que su marido ‘había sido secuestrado por dos militares’. Le observé que podían ser un par de impostores, pero ella insistió: ‘He vivido muchos años entre militares y los conozco por sus gestos, actitudes, modalidades’. También me dijo que se trataba de ‘gente mayor, de unos 35 años de edad’. Más tarde, me pregunté por la juventud de los prófugos que la Policía había acusado de raptos: Fernando Abal Medina (23) y Emilio Angel Maza (25).” Para desvirtuar estas aseveraciones, los periodistas consultaron a la empleada de una *boutique* cercana que presenció la despedida de Aramburu. “Eran muy jóvenes, más que oficiales parecían cadetes. Los grados del Ejército no los conozco muy bien”, confesó.



Sin embargo, de las manifestaciones aportadas por Rojo al Juez, hubo una que produjo mucho revuelo: la simple deducción, producto de una anécdota. “A los pocos días del secuestro, en una charla con amigos del general, uno de ellos —ex miembro de los Servicios de Seguridad— me informó: ‘A usted lo van a detener’. Al tratar de conocer la causa de esa posible decisión, el militar me respondió: ‘Porque los servicios registraron su presencia en la casa de Pedro Eugenio un rato después del incidente’. Como yo nunca negué mi asistencia, me sorprendió el asunto; pero, igual hice este interrogante: si se había checado mi visita a Aramburu a las 11 de la mañana, ¿cómo es posible que no hayan registrado la salida del general una hora y media antes.”

Rojo trasladó esa pregunta a la Cámara el 30 de noviembre de 1970; cinco días después, una bomba estallaba en el domicilio del inquieto abogado.